

—Y aunque me acordara, tía, aunque me acordara...

—¿Para qué?... Tú no has de verla.

—Y aunque la viera, tía, aunque la viera...

Doña Lupe se inquietó un poco oyendo esta frase, dicha con cierto sentido de tenacidad maníaca. Pero Maximiliano se apresuró á tranquilizarla con otro argumento: «¿Pero no observa usted lo cuerdo que estoy? Si no me he visto nunca así, ni en mis mejores tiempos... Ya quisieran todos...»

La señora tomó pie de esto último para variar la conversación: «Dices bien. ¿Sabes que tu hermano Juan Pablo me parece á mí que no está bueno de la cabeza? Hoy estuvo otra vez á darme la jaqueca... Pues que le he de hacer el pres-tamo, ó se pega un tirito. ¡Como no se mate él! Es el egoísmo andando. Se necesita atrevimiento. ¡Pedirme dinero un hombre que, cuando debe, no hay medio de sacarle un real, y se enfada si una reclama lo suyo! Dice que le van á hacer secretario de un gobierno de provincia y qué sé yo qué... ¿Tú lo crees? Muy rebajada está la talla de los empleados; pero no tanto...»

En aquel segundo ataque desesperado que dió Juan Pablo á su tía, salió de la casa el pobre hombre más muerto que vivo. Su tía no era ya simplemente una mujer mala; era un monstruo, una furia, un dragón mitológico. Aquel tiro con que él se amenazaba á sí mismo, ¡cuán-

to mejor estaría empleado en ella! «Pero ese tiro, ¿me lo doy ó no me lo doy?... No tengo más remedio que dármelo—discurría entrando por la calle de la Magdalena.—Por ninguna parte veo la solución. Si, lo que es el tiro me lo pego, vaya si me lo pego... Lo malo es que no tengo revólver... Se me está figurando que al fin y al cabo no me pegaré tiro ninguno. Es uno así, tan dejado, que no se arranca... Ya voy viendo yo que una cosa es decir uno de buena fe que se mata y otra cosa es hacerlo... Pero en fin, yo sigo en mis trece, y al fin me lo tendré que pegar, no habrá más remedio.»

## VI

Estuvo con un humor de mil diablos todo el Jueves y Viernes Santo. El Sábado, á poco de entrar en la oficina, le llamó Villalonga á su despacho. Rubín se dirigió allá palpitante de emoción. «¡Dios!—se decía.—¿Será para darme la secretaria? ¡Qué cuña, si no es para esto, qué cuña, ya no aguanto más! En cuanto salga del despacho del jefe me levanto la tapa de los sesos, como hay Dios. La contra es que no tengo revólver... Me tiraré por el balcón... No, eso no; ¡me haría una tortilla!... Vamos que el corazóncito me anuncia secretaria... Ánimo, chico, que hoy te va á sonreír la suerte.»

El director era hombre muy expeditivo, y sin hacerle sentar le dijo: «Amigo Rubín, usted es listo y me conviene usted...»

Rubín vió la cara del director como la del Padre Eterno que los pintores ponen entre nubes esmaltadas de angelitos.

—Me conviene usted, y yo le voy á meter en carrera.

—Muchas gracias, Sr. D. Jacinto. Ya sabe que estoy á sus órdenes.

—Pues le voy á dar á usted la gran sorpresa. Yo necesito un hombre; y como entiendo que usted sabrá desenvolverse en el destino delicadísimo que le pienso dar...

—La secretaria de...

—No, amigo; es más. Yo, cuando encuentro una persona que me entra por el ojo derecho, y que sirve, digo *copo*, y la tomo para que me sirva á mí. Le juro á usted que me conviene, *camará*. Allá va la bomba. Va usted á ser gobernador de una provincia de tercera clase.

Rubín no pudo decir nada. Creyó que se le caía encima el techo del despacho y todo el Ministerio de la Gobernación.

—Pues sí, gobernador de *mi* provincia. Quiero ver como arreglo aquello. Usted no tiene que entenderse más que conmigo. El ministro me da vara alta.

—Señor director—balbució Rubín,—disponga usted de mí.

—Pues será usted incluido en la combinación que va mañana á la firma del Rey. Ya hablaremos, y le enteraré á usted de cómo está aquello. Creo que iremos bien.

Luego echaron un cigarro, y hablaron algo del estado de la provincia, desflorando el asunto. Empezó á entrar gente en el despacho, y Rubín se retiró para comenzar sus preparativos. Estaba el hombre que no sabía lo que le pasaba; creía soñar... se daba pellizcos á ver si estaba despierto; anduvo algún tiempo por la calle como un insensato... se reía solo... le dieron ganas de comprar un revólver para ponerse á disparar tiros al aire... ¡Ah!, lo que debía hacer era meterle un par de balas en el cuerpo á doña Lupe... Sí, por mala, por tacaña... Pero no, no; perdonar á todo el mundo... La vida es hermosa, y gobernar un pedazo de país es el mayor de los deleites. A los individuos de Orden público ó de la Guardia civil que iba encontrando, les miraba ya como subalternos, y por poco les manda prender á su tía y á Torquemada.

En el café, aquella noche, hubo la gran escena. Al principio no dijo nada, esperando dar la sorpresa de sopetón; pero sus amigos conocieron que no era el mismo hombre. Daba un sonsonete de autoridad á sus palabras; medíalas mucho; tomaba el café con más pausa que de costumbre, y á cada momento echaba una frasecilla de protección. «Pero amigo Montes, no

hay que apurarse... ya veremos, ya veremos si se te puede meter en algún hueco. D. Basilio me tiene que dar unos datos que necesito sobre la recaudación en la provincia de X... Oiga usted, Relimpio, no se dé prisa á presentar la memoria, porque ésta situación dura. Cánovas tiene para un rato. Es hombre que entiende la aguja de marear.» Y como se suscitara un debate político de los más graves, Rubin se puso de parte de los que defendían la tesis más razonable, conciliadora y templada. «Pero ustedes, ¿qué creen, que una sociedad puede vivir siempre soñando con trastornos? Seamos prácticos, señores, seamos prácticos, y no confundamos las pandillas de politicastos con el verdadero país.»

En esto llegó *La Correspondencia*, y á las primeras ojeadas conspicuas que arrojó sobre las columnas de ella el buen D. Basilio, tropezó con la combinación de gobernadores, y lanzando un berrido de sorpresa, se restregó los ojos creyendo que leía mal. Mas convencido de que no era error, lanzó otra exclamación más fuerte, y al instante se enteraron todos; y Juan Pablo fué objeto de aclamaciones y plácemes, unos sinceros, otros con su poco de bien disimulada envidia.

—Hace tiempo que el amigo Villalonga tenía empeño en eso. Hoy ha machacado tanto que no he podido decirle que no.

—¡Pero qué callado se lo tenía!

De todos lados de la cámara... digo del café, vino gente á felicitar al gobernador, y el mozo, á quien Juan Pablo debía el consumo de cinco meses y algunos picos, se puso más contento que si le hubiera caído la lotería; y hasta el amo del establecimiento fué á dar un apretón de manos á su parroquiano, diciéndole si podía colocar en las oficinas de la provincia á un sobrinito suyo que tenía muy buena letra.

—No le digo que sí ni que no, D. José. Veremos. Tengo la mar de compromisos... Pero ya sabe usted que haré los imposibles por servirle... Usted me manda.

El hombre compensó con los goces de aquella noche los sufrimientos y tristezas de tantísimos meses. Toda la gente que próxima estaba, mirábale con cierta expresión de asombro y respeto, como se mira á quien es, ha sido ó va á ser algo en el mundo. En cuantos asuntos se trataron aquella noche en el círculo, Rubin hizo gala de las ideas más sensatas. Era preciso moralizar la administración provincial, desterrar abusos; sobre todo, en el destierro de los abusos insistió mucho. Su plan de conducta era muy político... Contemporizar, contemporizar mientras se pudiera, apurar hasta lo último el espíritu conciliador, y cuando se cargara de razón, levantar el palo y deslomar á todo el que se desmandase... Mucho respeto á las instituciones sobre que descansa el orden social. Cuando va

cundiendo el corruptor materialismo, es preciso alentar la fe y dar apoyo á las conciencias honradas. Lo que es en su provincia, ya se tentarían la ropa los *revolucionarios de oficio* que fueran á predicar ciertas ideas. ¡Bonito genio tenía éll... En fin, que el pueblo español está ineducado, y hay que impedir que cuatro pillastres engañen á los inocentes... La mayoría es buena; pero hay mucho tonto, mucho inocente, y el Gobierno debe velar por los tontos para que no sean engañados... En cuanto á moralidad administrativa, no había que hablar. Él no pasaba ni pasaría por ciertas cosas. Ya le había dicho á Villalonga que aceptaba con la condición de que no le pondría veto á la persecución y exterminio de los pillos... «A muchos que mangonean ahora, les he de llevar *codo con codo* á la cárcel de partido... Yo soy así; hay que tomarme ó dejarme.»

Don Basilio era de los que sinceramente se alegraban del *golpe de suerte* que había tenido Juan Pablo. Aquel destino no era *de su ramo*, y por tanto, no lo envidiaba. Si se hubiera tratado de la dirección económica de una provincia, D. Basilio habría sentido tristeza del bien ajeno. Pero no le sacaran á él de sus números... Por cierto que el ministro le había encargado un trabajo que le traía mareado... *proyecto de reglamento para la cobranza del subsidio industrial*... «Siempre me caen á mi estos turrone.

Ocurre en Secretaría que no se conocen los antecedentes de tal ó cual cosa... «¡Ah!, la Caña lo sabrá.» Piden en el Congreso una nota del estado en que se halla la codificación de Hacienda. ¡Qué lío! Nadie sabe una palabra... «¡Ah!... á ver... la Caña.» Y la Caña les saca del apuro. Que el ministro quiere enterarse de los trabajos hechos para el establecimiento del Registro fiscal, que es el gran medio para descubrir la riqueza oculta... Pues toda la casa revuelta; busca por aquí, busca por allá. Hasta que á uno se le ocurre decir... «Eso, la Caña...», y efectivamente; como que la Caña es el que hizo los primeros estudios del Registro fiscal.» Total, que si por desgracia llegaba á faltar D. Basilio del Ministerio de Hacienda, éste se venía abajo de golpe como un edificio al cual falta el cimiento.

Leopoldo Montes aspiraba á que Rubín le llevase de secretario; pero esto no era fácil. «Chico, yo se lo diré á Villalonga. Creo que me dan el secretario hecho... Veremos si te meto de inspector de policía.» Otros tertuliantes sentían envidia, y aunque felicitaban y adulaban al favorecido, al propio tiempo hacían pronósticos de las dificultades que había de tener en el gobierno de su ínsula. Pero ello es que la lisonja y la envidia, la codicia ambiciosa, la curiosidad y la novelería aumentaban considerablemente el personal de la tertulia en el tiempo que medió entre el nombramiento y la salida de

Rubín para su destino. Mucho ajeteo tuvo aquellos días para arreglar sus asuntos y proveerse de ropa. Y no dejaron de molestarle también y entorpecerle ciertas disensiones domésticas, pues Refugio, que ya se estaba dando pisto de gobernadora, y se había despedido de sus amigas con ofrecimientos de protección á todo el género humano, se quedó helada cuando su señor le dijo que no la podía llevar... Pucheros, lloros, apóstrofes, quejas, gritos... «Pero, hija de mi alma, hazte cargo de las cosas; no seas así. ¿No comprendes que no me puedo presentar en mi capital de provincia con una mujer que no es mi mujer? ¡Qué diría la alta sociedad, y la pequeña sociedad también, y la burguesía!... Me desprestigiaria, chica, y no podríamos seguir allí. Esto no puede ser. Pues estaría bueno que un gobernador, cuya misión es velar por la moral pública, diera tal ejemplo. ¡El encargado de hacer respetar todas las leyes, faltando á las más elementales!... ¡Bonita andaria la sociedad si el representante del Estado predicara prácticamente el concubinato! Ni que estuviéramos entre salvajes... Convéncete de que no puede ser. Tú te quedas aquí y yo te mandaré lo que vayas necesitando... Pero lo que es allá no me pongas los pies... porque si lo hicieras, tu *chachito* se vería en el caso de cogerte... ya sabes que tengo mucho carácter... de cogerte y mandarte para acá por tránsitos de la Guardia civil.»

## VI

## Final.

## I

Fortunata sintió ruido en la puerta, y esta voz: «¿Se puede?» «Pase usted, D. Segismundo», dijo reconociendo al regente de la botica. Y entró el tal con cara risueña y actitud oficiosa, como de persona que cree ser útil. Estaba la joven incorporada en su lecho, con chambra y pañuelo á la cabeza. «¡Qué reguapa está!—pensaba Ballester al saludarla, apretándole mucho la mano.—¡Lástima de mujer!»

—Ayer no pasó usted—le dijo ella con amabilidad,—porque no yo sabía quién era, y no quiero recibir visitas. Estoy muerta de miedo, y por las noches sueño que alguien viene á robármelo. ¿Quiere usted verle?...

Á su lado estaba, durmiendo con plácido sueño, el recién venido personaje, cuyas precoces gracias quería mostrar á su amigo. Así lo hizo con más orgullo que vergüenza, y apartó las sábanas, dejando ver la carita sonrosada y los puños cerrados del tierno niño.

—¡Cuidado que es bonito!—dijo Ballester in-

clinándose.—Tiene á quien salir por una y otra banda.

—Dos horas hace que está tan dormidito. ¡Qué ángel! ¡Y si viera usted qué pillo es y qué tragón! Viene determinado á darse buena vida. Si lo viera usted cuando se pone á mirarme... ¡Pobrecito! Me quiere mucho. Sabe que le quiero más que á mi vida, y que es para mí el mundo entero.

—Ya sabe usted lo convenido. Seré padrino de su excelencia. Usted me lo prometió la última vez que nos vimos.

—Sí, sí, y no me vuelvo atrás. Usted será padrino.

—Y después del primer nombre, que usted designará (poniéndose muy inflado), llevará el mío, Segismundo. ¿Qué le parece á usted?

—Muy bien. Se llamará Juan, después Evaristo y después Segismundo.

—Bueno: transijo con el tercer lugar en el escalafón; pero de ahí no paso; como usted me quiera echar al cuarto, me sublevo.

Ambos se rieron. Ballester se había sentado en una silla junto al lecho, y no quitaba los ojos de aquella mujer, que le parecía entonces más hermosa que nunca. «Le daría cuatro besos—pensaba;—pero de amistad, de pura amistad, porque me interesa esta infeliz... y digan lo que quieran, no es tan mala como se cree por ahí.» Después empezó á dar noticias de la familia y

amigos, las cuales oía Fortunata con gran curiosidad. «Doña Lupe, con toda su fiereza, no la olvida á usted. Todos los días nos pide noticias á mi ó á Quevedo, y pregunta también por el muchacho, si es robusto, si mama bien, si tiene algún defecto físico...»

—¡Defecto!...—exclamó la madre indignada.—Si es una preciosidad. Más perfecto es que las perfecciones. Se lo enseñaré á usted desnudo, para que vea qué hermosura de hijo. Estoy loca con él. Me parece que han de venir á quitármelo. Y no crea usted: ¡hay tanta envidioso!...

Dejando que pasara la racha de entusiasmo maternal, Ballester continuó así: «Pero lo que le pasará á usted es saber que el amigo Maxi está tan mejorado, pero tan mejorado, que si le ve usted no le conoce.

—¿Pero es de verdad?... Quiá: guasas de usted.

—No, hija. Siempre que ocurre en la casa ó en la vecindad algo difícil de resolver, se le consulta á él. Está hecho un Salomón. *Doña Desdemonia*, cuando surge alguna dificultad en su república de pájaros, le llama, y lo que él dice se hace.

—Vaya, que hoy estamos de vena. Ojalá fuera verdad lo que usted dice. Yo me alegraría mucho, con tal que no se acordara de mí para nada ni supiera que estoy viva.

—Pues eso sí que no lo logra usted... Todo lo sabe.

—¡Ay, no me lo diga, por Dios! (asustadísima y palideciendo). No sabe usted el miedo que me ha entrado. Ya no voy á tener un minuto de tranquilidad. ¿Pero es eso verdad? No se divierta conmigo, Ballester; mire que estoy temblando de miedo.

—¿Miedo á qué? Si está muy razonable, y más tranquilo que nunca. Todas sus ideas son ideas de benevolencia y tolerancia. Habla poco, y á lo mejor se descuelga diciendo cosas muy buenas. No le suelta á usted un disparate ni aunque se lo pida por favor. Respecto de usted, creo que el sentimiento que tiene es la indiferencia, si es que la indiferencia se puede llamar sentimiento.

—No me fio, no me fio (meditabunda, demostrando en el tono que no las tenía todas consigo). Verá usted cómo el mejor día...

La conversación pasó de Maximiliano á *las Samaniegas*, mostrando Fortunata gran extrañeza de que Aurora no se acordase de ella. «Es una mala crianza, porque bien sabe dónde estoy, y desde su obrador aquí se viene en tres minutos. Y si no quería ella venir, ¿qué le costaba mandar una oficiala á preguntar si vivo ó si muero?... Crea usted que esto me duele; porque yo, á quien me quiere como dos, le quiero como catorce.»

Ballester contestó con un gran suspiro, al cual no dió su interlocutora la interpretación conveniente. De pronto el farmacéutico mudó el tema: «¡Ah!, me olvidaba de lo mejor. ¿Sabe usted que el crítico y yo nos hemos hecho amigos? ¡Quién lo creería! ¡Tanto como yo le odiaba! Pues verá usted: Padillita le metió un día en la botica, y yo empecé á darle guasa con sus críticas, diciéndole que me gustaban mucho. Pues resulta que es muy modesto, y que se asusta cuando le elogian lo que escribe. Poco á poco hemos ido intimando, y toda la inquina que le tenía se ha evaporado. Es tan honradito el pobre Ponce, que todo lo que escribe es de conciencia, y hasta cuando elogió el dramón aquel que á mí me sacaba de quicio, lo hizo porque le salía de dentro. Y aunque le paguen tarde, mal y nunca, él tan conforme en su *sacerdocio*; lo toma en serio, y le parece que nadie ha de tener opinión sobre las obras si él no la da. Ha hecho oposición á una placita en el Tribunal de Cuentas, y la ha ganado. ¿Pues qué cree usted? El infeliz tiene que mantener á su madre, que está enferma; y yo, desde que me contó su historia, no le cobro nada por las medicinas. Le damos bromas con Olimpia y la pieza que toca, diciéndole que su adorada es muy romántica y que no tenga miedo de casarse, porque no come. Ni necesitan cocinera, ni cocina, ni siquiera cesto para la compra. Yo le digo que

abandone el *sacerdocio*, y que deje á los autores y al público que se arreglen como quieran. Está conforme conmigo, y por fin me ha revelado un secreto: ha escrito un drama y lo tiene en el Español; y como se represente, el exitazo es seguro. La noche del estreno pienso ir con todos mis amigos, para armar un alboroto y llamar al autor á la escena lo menos cuarenta veces. Me quiere leer la obra, y yo le he dicho que me la deje allí. Sin leerla le diré que es magnífica, y un amigo mío periodista pondrá un sueltecito con aquello de que *en los círculos literarios se habla mucho, etc...* Le digo á usted que me interesa mucho ese infeliz, y que haría yo algo por él si pudiera. En *bálsamo tranquilo* le tengo dado ya más de medio cuartillo, y el extracto de belladona se lo lleva de calle, porque lo que padece la mamá es reuma. También le he hecho una bisma para la cintura, que vale cualquier dinero. Yo soy así; al que me entra por el ojo derecho, le doy hasta la camisa. ¡Y si viera usted qué cariño me ha tomado Ponce! Echa mos largos párrafos sobre el arte realista y el ideal y la emoción estética, y cuanto yo digo, aunque sea un gran desatino, porque en mi vida las he visto más gordas, lo escucha como el Evangelio, y yo me doy con él un lustre que no hay más que ver. Fuera de estas tonterías de la crítica, es un alma de Dios, muy agradecido, muy delicado, sin más debilidad que la de

querer á Olimpia y figurarse que un hombre de sesos se puede casar con semejante inutilidad. Yo me he propuesto quitárselo de la cabeza, y creo que lo voy consiguiendo. Porque yo le digo: «¿Con qué se van á mantener? ¿Con la pieza?» Si se casa, van á ser cuatro de familia: el matrimonio y la mamá de él, enferma, y una hermanita que, según me ha contado Ponce, debe de tener hambre canina. De esto hablamos largamente en la botica, que llamamos el *círculo literario*, y le voy engatusando. Olimpia me sacaría los ojos si supiera las cosas que le digo á su novio; pero que se fastidie. Ya le he conocido siete *osos*, y lo que es á éste no le pesca tampoco. Yo le he tomado bajo mi protección, y le he de salvar. ¡Buen turrón le caía si se casara!...»

—¡Qué risa con usted! ¡Pobre Ponce! Ya le decía yo que era un buen chico, y usted empeñado en darle la morcilla.

—¡Ah!, de buena escapó. Guardo la fatídica yema para otro; sí, para otro, en quien ahora recaen todos mis odios. No me pregunte usted quién es, porque no se lo he de decir... Se lo diré después que se la haya zampado, porque se la tiene que comer, como éste es día.

En esto, el ruido de voces que sonaba en la salita próxima aumentó considerablemente, y á los oídos de Ballester llegaban estas palabras: *envido á la chica, órdago á los pares.*

—Es mi tío José—dijo Fortunata,—que está jugando al mus con su amigo. Le mando que venga aquí para que me acompañe mientras estoy en la cama, porque tengo mucho miedo; y para que no se aburra hago que le traigan una botella de cerveza, y le permito que venga su amigo á hacerle compañía.

Ballester se asomó á la puerta entornada para ver á la pareja. No conocía á ninguno de los dos; pero la cara de Ido del Sagrario no era nueva para él, y creía haberla visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde ni cuándo.

## II

La primera vez que Ballester vió á Izquierdo y á su docto amigo, no les dijo más que algunas palabras dictadas por la buena crianza; pero á la segunda se cruzó entre ellos tal tiroteo de cumplidos, ofrecimientos y franquezas, que no había de tardar la amistad en unirles á los tres con apretado lazo.

Desde su alcoba, donde continuaba encamada, Fortunata se reía de las ocurrencias de Segismundo buscándole la lengua á Platón y á Ido del Sagrario, á quien solía llamar *maestro*. Siempre que iba por las noches el farmacéutico, les encontraba infaliblemente y se divertía con ellos lo indecible.

Mucho agradecía la desdichada joven aquellas visitas. Ballester era el corazón más honrado y generoso del mundo, y tenía cierta vanidad en tomar sobre sí el cumplimiento de los deberes que correspondían á otros y que estos otros olvidaban. Y aunque alentara, con respecto á la señora de Rubín, pretensiones amorosas á plazo largo, no dejaban por eso de ser puros y desinteresados sus actos de caridad, y habrían sido lo mismo aun en el caso de que su amiga espantara de fea y careciese de todo atractivo personal.

Fortunata iba adquiriendo confianza con él, y le revelaba sus pensamientos sobre diferentes cosas. No obstante, algo había que no se atrevía á manifestar, por no tener la seguridad de ser bien comprendida. Ni Segunda ni José Izquierdo lo comprenderían tampoco. Y como le era forzoso echar fuera aquellas ideas, porque no le cabían en la mente y se le rebosaban, tenía que decirselas á sí misma para no ahogarse. «Ahora sí que no temo las comparaciones. Entre ella y yo, ¡qué diferencia! Yo soy madre del único *hijo de la casa*; madre soy, bien claro está, y no hay más nieto de D. Baldomero que este rey del mundo que yo tengo aquí... ¿Habrás quien me lo niegue? Yo no tengo la culpa de que la ley ponga esto ó ponga lo otro. Si las leyes son unos disparates muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. ¿Para qué las han hecho así?

La verdadera ley es la de la sangre, ó como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo, por la Naturaleza, le he quitado á la *mona del Cielo* el puesto que ella me había quitado á mí... Ahora la quisiera yo ver delante para decirle cuatro cosas y enseñarle este hijo... ¡Ah! ¡qué envidia me va á tener cuando lo sepa!... ¡Qué rabiosilla se va á poner!... Que se me venga ahora con leyes, y verá lo que le contesto... Pero no, no le guardo rencor; ahora que he ganado el pleito y está ella debajo, la perdono; yo soy así.

Pues él, ¡digo!, cuando lo sepa, ¿qué hará? ¿qué pensará? ¡No acabo de cavilar en esto, Dios mío! Él será un pillo y un ingrato, pero lo que es á su nene le tiene que querer. Como que se volverá loco con él. Y cuando vea que es su retrato vivo, ¡Cristo! ¡Pues digo, si doña Bárbara le viera!... Y le verá, toma, le verá... Como hay Dios que se vuelve loca. ¡Qué contenta estoy, Señor; qué contenta! Yo bien sé que nunca podré alternar con esa familia, porque soy muy ordinaria y ellos muy requetefinos; yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que una servidora es la madre del heredero, y que sin una servidora no tendrían nieto. Esta es mi idea, la idea que vengo criando aquí desde hace tantísimo tiempo, empollándola hasta que ha salido, como sale el pajarito del cascarón... Bien sabe Dios que esto que pienso no es porque yo sea interesada. Para nada quiero el dinero de

esa gente, ni me hace maldita falta; lo que yo quiero es que conste... Sí, señora doña Bárbara, es usted mi suegra por encima de la cabeza de Cristo Nuestro Padre, y usted salte por donde quiera, pero soy la mamá de su nieto, de su único nieto.»

Quedábase muy convencida después de sentar estas arrogantes afirmaciones, y la satisfacción le producía tal contento, que se ponía á cantar en voz baja, arrullando á su hijo; y cuando éste se dormía, continuaba rezongando como la pájara en el nido. El gozo, algunas noches, no la dejaba dormir, y se pasaba largas horas jugando con su idea ya realizada, saltándola como Feijóo saltaba el *bilboquet*.

Quevedo iba á verla todos los días, y aunque la encontraba muy bien, ordenaba que no se levantase. ¡Qué aburrimiento estar tanto tiempo prisionera! Gracias que con su chiquitín se entretenía. De noche le ayudaba Segunda á fajarlo y limpiarlo; por el día, Encarnación, que era muy lista y se volvía loca de gusto cuando su ama le dejaba tener el pequeñuelo en brazos durante algunos minutos. En sus ratos de alegría delirante, Fortunata se acordaba mucho de Estupiñá. «Pero tía, ¿no se ha tropezado usted en la escalera con Plácido? Digale que pase, que le tengo que hablar.» Respondía Segunda que no una ni dos veces, sino más de veinte había encontrado al tal; pero que todas las chinitas que le

echaba para que subiese habían sido como si no. «Me puso una cara, chica, cuando le conté la novedad, que parecía un juez de primera *estancia*. Y ayer me dijo: «¡Quite usted allá, so chubasca, encubridora; á usted y á la otra farfanta- na las voy á poner en la calle!»

—Ya se amansará. ¿Qué apostamos á que se amansa?—decía la joven sonriendo.—Yo quiero que entre y vea esta estrella que se ha caído del cielo.»

Tanto hizo Segunda y tales enredos armó, que Estupiñá entró una mañana, gruñendo y echándose las de hombre de mal genio que tiene que contraer todos los músculos de su cara para enfrenar la indignación. A cuanto le decían Segunda y su hermano, respondía con bufidos; y si la señora de Izquierdo no me le sujeta por un brazo, de fijo que echa á correr por las escaleras abajo. «No se puede tratar con estas tías farfantonas... Vaya usted al rábano. Vaya usted muy enhoramala.» Pero dando estos respiros á su ira, verdadera ó falsa, ello es que no se marchaba, y Segunda le metió casi á la fuerza en la alcoba. Obedeciendo á un impulso instintivo, Estupiñá se quitó el sombrero en el momento en que sentía los chillidos del heredero de Santa Cruz, que estaba pidiendo la teta con mucha necesidad. Al ver que el hablador descubría su venerable cabeza, Fortunata sintió en su alma inundación de alegría, y se dijo: «Eso es, saluda

á tu amito. Él te protegerá, como te han protegido sus abuelos y su padre.» Plácido se inclinó para verle, y aunque se quería hacer el hombre terrible, se le escapó esta frase: «Clavado, *talmente* clavado...»

—¡Qué feo es!... ¿verdad, D. Plácido?—dijo la madre, radiante de gozo.—¿Qué, no le da un beso?... ¿Cree que le va á pegar algo? Descuide, que lo bonito no se pega... ¿Sabe una cosa don Plácido? Me parece que le va usted á querer... y él á usted también. ¿A que sí?

El hablador murmuraba algo que no se oía bien. Estuvo un momento como indeciso entre el furor y la suavidad. Después rompió á hablar con Segunda sobre si ésta ponía ó no ponía aquel año cajón en San Isidro, y se retiró al fin, despidiéndose de una manera que bien podía pasar por conciliadora. Fortunata estaba contentísima, y se decía: «De seguro que ahora mismo va con el cuento. Es lo que yo quiero, que lleve el chisme.» Encadenando las ideas, se daba á pensar en el gusto que tendría de ver á doña Guillermina, presumiendo al mismo tiempo que si la viera había de sentir mucha vergüenza. «Le pediré perdón por lo mal que me porté aquel día, y me perdonará... como ésta es luz. De fijo que me calienta las orejas; pero paso por todo con tal de ver la cara que pone delante de este hijo. A ver qué tiene que decir de mi idea. ¿Qué se le ocurrirá? Alguna cosa que yo no en-

tenderé, ni la entenderá nadie... Diga lo que quiera y tómelo por donde lo tome, Dios no puede volverse atrás de lo que ha hecho; y aunque se hunda el mundo, éste hijo es el *verídico nieto natural* de esos señores, D. Baldomero y doña Bárbara... y la otra, con todo su ángel, no toca pito, no toca pito... eso es lo que yo digo. Que me presente uno como éste... No lo presentará, no. Porque Dios me dijo á mí: *tú pitarás*; y á ella no le ha dicho tal cosa. Y si doña Bárbara se chifló por el *Pituso* falso, ¡cómo no se dislocará, por el de oro de ley! De lo contenta que estoy, creo que me voy á poner mala... Y de fiijo que Estupiñá lleva el cuento. La que yo quiero que lo sepa primero que todos es mi amiga *la obispa*. ¿Apostamos á que viene á verme? Ya... no se le queda á ella en el cuerpo el sermón que me tiene preparado. ¡Vengan sermones! No me importa; mejor. Yo le diré que tiene razón; pero que yo tengo el hijo, y allá se van hijos con razones.»

Esta visita teníala por infalible, pues la santa era muy amiga de echar réspices y de enderezar á las que cometían pecados gordos. Tan segura estaba de verla, que siempre que sonaba la campanilla creía que era ella, y se preparaba á recibirla, arreglando la cama y poniéndose con la mayor decencia posible, trémula de emoción y esperanza.

## III

El bautizo se celebró con modestia suma en San Ginés, una mañana de Abril, y le pusieron al chico los nombres de Juan Evaristo Segismundo y algunos más. Ballester se corrió gallardamente aquel día á convidar á Izquierdo y á Ido del Sagrario en el próximo café de Levante. Instó mucho al *maestro* á que tomara un *biftec*; pero D. José lo rehusó, aunque buenas ganas tenía de aceptarlo. De sólo oler la carne y ver la sangre de ella y la grasa en el plato de sus amigos, le parecía que se trastornaba. Su almuerzo fué un café con media tostada de abajo... y otra media de arriba. Tras el café vinieron las incitantes copas, y también les hizo escrúpulos el profesor; no así *el modelo*, que se llenó el cuerpo de ron hasta que ya no podía más, sin que por eso se perturbase su sólida cabeza, que debía de ser un alambique. Mientras comían vieron pasar á Maximiliano Rubir, que salía del café; pero como él no aparentó verlos, no le dijeron nada. Á eso de la una, Ballester se fué á su botica y los dos Josés á la casa de la Cava. Era domingo y ninguno de los dos tenía ocupaciones. Izquierdo mandó á Encarnación por una *grande* de cerveza, y sacando de una caja muy sucia el juego de dominó, extendió y

mezcló las fichas para empezar una partidita. Y cuentan las crónicas *platónicas*, que antes de llegar á la mitad del segundo juego, las pobres fichas se quedaron solas. Ido se había levantado y daba paseos por la sala. Izquierdo se dejó caer sobre el sofá de Vitoria y dormía como un *verdico* bruto, el sombrero sobre los ojos, la boca abierta y las cuatro patas estiradas. La señá Segunda se llevó á Encarnación á la plazuela, porque la noche antes había habido fuego en dos ó tres puestos inmediatos al de ella, y se pasó la mañana ayudando á sus compañeras á meter los trastos que se sacaron y á reparar lo que de reparación era susceptible.

Fortunata estuvo aquel día aburridísima, con muchas ganas de levantarse. Por respeto á las ordenanzas del señor de Quevedo seguía en la cama, pero ya no aguantaría aquella cárcel enojosa dos días más. Juan Evaristo Segismundo, después que le trajeron de San Ginés, estaba tan guapote y satisfecho, cual si tuviera conciencia de su dichoso ingreso en la familia cristiana; y para celebrarlo, en cuantito llegó al lado de su madre, buscó la despensa y se puso el cuerpo que no le cabía una gota más de leche. Oía Fortunata los ronquidos del venerable *Platón* cual monólogo de un cerdo, y sentía también los paseos de Ido y algún monosílabo ininteligible, suspiros que parecían ayes de pena ó invocaciones poéticas; y cuando el pro-

fesor llegaba en su deambulacion febril á la puerta de la alcoba, creía distinguir sus manos ó parte de un brazo que subían hasta cerca del techo. Luego sonó la campanilla, y D. José fué á abrir. Fortunata creyó que era Encarnación que volvía de la plazuela; pero se equivocaba. No tardó en oír cuchicheos en la puerta. ¿Quién sería? Después sintió pasos y un chillar de botas que la hicieron estremecer, y se quedó muda de terror al ver en la puerta á Maximiliano. Era él; así lo afirmó después de dudarle un momento. La estupefacción que sentía apenas le permitió dar un grito, y su primer movimiento fué echarle los brazos al nene, decidida á *comerse á bocados* á quien intentase hacerle daño ó quitárselo. Rubín estuvo más de un minuto sin dar un paso, clavado en la puerta y destacándose dentro del marco de ella como la figura de un cuadro. ¡Cosa rara! Ningún signo de hostilidad se veía en su cara ni en su ademán. Miraba á su mujer con seriedad, pero sin dureza, y cuando dió los primeros pasos para acercarse á la cama, su expresión era casi indulgente. Pero ella no las tenía todas consigo, y le miró como quien se dispone á una defensa enérgica. «Tío, tío—dijo alzando la voz.—Encarnación...» Como ni Izquierdo ni la criada respondieran, quiso llamar al esperpento aquel que en el cuarto se paseaba. Más al ir á pronunciar su nombre se le borró de la memoria. «¿Cómo diablos se